

seguidos ambos de un numeroso séquito. El embajador pertenecía á la primera nobleza del reino, y estaba dotado de gran capacidad, perspicacia y saber.

No habian transcurrido mas que siete dias desde la entrevista de Hernan Cortés con el atento gobernador de la provincia, cuando éste se presentó en el campo español, distantes sesenta leguas de la capital, acompañado del régio enviado, y seguido de cien esclavos que conducian el espléndido presente del emperador Moctezuma. Causa asombro que en el breve espacio de siete dias se hallase de vuelta el gobernador Teuhtlile, despues de haber desempeñado su comision ante el soberano de Méjico, cuando se desconocian los caballos en el país y todo otro animal de carga. Solís, dudando de la posibilidad de aquella marcha rápida, dice que era «sobrada ligereza para un general», y que «no parece verosímil habiendo sesenta leguas por el camino mas breve desde Méjico á San Juan de Ulua». Pero nada es mas cierto. Los mejicanos tenian, como tengo referido al principio de la historia, postas de individuos ágiles en la carrera, que recorriendo cada cual el corto trayecto que le correspondia, daba por resultado que, en pocas horas, recorria una persona en litera, un objeto llevado por ellos, ó una noticia, distancias asombrosas. Bernal Diaz, que llegó á presenciar el sistema establecido para las comunicaciones rápidas, dice, sin que le cause extrañeza por lo mismo la prontitud con que fué desempeñada la comision, que Teuhtlile y el embajador, seguidos «de mas de cien indios cargados», se presentaron transcurridos seis ó siete dias, de su entrevista con Cortés.

Al llegar á la presencia del general español, que se ha-

llaba rodeado de sus capitanes en su tienda de campaña, el embajador le saludó con las señales de profundo respeto con que los aztecas saludaban á las personas de alta jerarquía, tocando la tierra con la mano, llevándola en seguida á la boca (1), y despidiendo sobre él y los oficiales que le acompañaban, aromático incienso de unos bruñidos zahumadores de barro con que les incensó respetuosamente.

Hernan Cortés recibió al embajador mejicano y á Teuhtlile, que con él iba, con las consideraciones que correspondian á la importante mision que llevaba y al representante de un monarca opulento y poderoso. Atento y afable, le presentó una silla para que se sentara, y expusiese lo que de parte de su soberano tenia que decirle. El enviado tomó asiento con dignidad, y las miradas de todos se fijaron en él, esperando que hablase. La hermosa Marina y Gerónimo de Aguilar se encontraban presentes, para transmitir el breve discurso que pronunciase, y hacerle saber lo que el jefe español contestase.

Antes de tomar la palabra, ya la figura noble del enviado azteca habia despertado las simpatías de los castellanos. En sus modales, en su fisonomía, en la forma de su cuerpo, se notaba un gran parecido con Hernan Cortés, que llamó la atencion general (2). La casual seme-

(1) Prescott dice que á la cabeza; pero la costumbre, como queda referido en el primer tomo, era llevarla del suelo á la boca.

(2) Algunos historiadores han creido que entre las pinturas enviadas á Moctezuma dándole cuenta de los expedicionarios, iba el retrato del general español perfectamente acabado, lo que dió motivo á que el emperador mejica-

janza entre el enviado y el jefe expedicionario, hizo que al primero no se le diese por los soldados españoles otro nombre que el de Cortés.

Presente que envió Moctezuma á Cortés, y valor del regalo. El embajador mejicano, al tomar la palabra para exponer la mision que llevaba de su soberano, hizo una seña á los indios que conducian los regalos de su emperador, indicándoles que entrasen en la tienda y desempeñasen su deber. Los que iban á la cabeza de ellos, extendieron sobre el suelo finas esteras de palma, llamadas petates; las cubrieron con delicadas mantas de algodón de admirable tejido, y colocaron encima, con notable orden y simetría, los varios presentes del monarca. Los objetos de que se componia el régio presente eran completamente heterogéneos, pero valiosos y de notable mérito artístico. Aves, mariposas, peces y animales de oro y plata; collares, brazaletes, diademas, pendientes y sandalias de los mismos metales; yelmos, escudos y corazas con incrustaciones y adornos de oro; mantos, penachos, colchas y abanicos de brillantes y variadas plumas, formando admirables dibujos de sorprendentes matices; treinta cargas de finísimas telas de algodón de varios y preciosos colores, entretejidas algunas de ellas con hilos de oro y plata y delicadas plumas; el yelmo enviado por Cortés, lleno de polvo de oro,

no enviase expreso un personaje que se le pareciera. Pero no es creible que los pintores se ocupasen de hacer un retrato exacto, sino de presentar su traje, pues sabido es que, aunque bastante diestros en dibujar otros objetos, no lo eran en delinear figuras humanas. Todas las probabilidades indican que fué casual la circunstancia del parecido.

como lo habia deseado, cuyo valor ascendia á mil quinientos duros (1), y dos enormes láminas circulares, una de oro y otra de plata, que tenian la forma de dos grandes ruedas. Representaba la de oro, en que se veian diestramente esculpidos diversos signos jeroglíficos, el siglo mejicano. En medio de ella se veia esculpida admirablemente la imágen del sol, de un bruñido sorprendente y perfecto. La circunferencia de esta lámina, que Bernal Diaz que la vió en aquellos instantes, dice que era «tan grande como de una carreta», tenia de circunferencia treinta palmos toledanos, y su valor ascendia, segun el referido conquistador, á «veinte mil pesos de oro» (2). La de plata, que era mayor, y figuraba el año azteca, ostentaba en medio una luna, circundada de figuras jeroglíficas de bajo-relieve, cuyo peso no bajaba de veinticinco libras.

En aquel espléndido regalo que sorprendió por su valor, riqueza y exquisito trabajo á los españoles, leyó Hernan Cortés toda la importancia y la grandeza del país en que se hallaba. Los objetos que tenia á la vista, eran las irrecusables páginas que denunciaban los preciosos tesoros con que la naturaleza habia favorecido las auríferas regiones del Anáhuac.

El embajador mejicano manifestó al general español, que el presente de que era portador lo enviaba su sobe-

(1) Bernal Diaz del Castillo dice «que valia tres mil pesos». Pero como el peso sencillo de aquella época, en España, era de la mitad del valor que tiene actualmente, resulta la cantidad que dejo expresada.

(2) El peso de oro equivalia á once duros y tres cuartos.

rano para él y los soldados que le acompañaban. «Para vuestro rey—añadió—dispone otro mas espléndido y valioso.» Le indicó en seguida que seria obsequiado en todo lo que necesitase y pidiese para él y sus compañeros; que podian permanecer en el sitio en que se hallaba durante el tiempo que juzgase conveniente; pero que le suplicaba, de parte del emperador Moctezuma, que desistiese del intento de verle, no solamente por lo penoso que le seria un viaje por países casi inhabitables, sino mas aun porque pertenecian á tribus enemigas; que le era altamente sensible á su amo no poder disfrutar de la satisfaccion de conocer á los enviados de un monarca poderoso, á quien profesaba el mas profundo respeto; pero que mucho mas le seria verles envueltos en penosos trabajos y fatigas.

Insiste Cortés en tener la entrevista con Moctezuma. Hernan Cortés sintió la determinacion tomada por Moctezuma para no recibirle. Comprendió que los motivos expuestos no eran otra cosa que pretextos que ocultaban motivos mas poderosos y trascendentales. La negativa le ponía en el caso de contrariar la voluntad del monarca mejicano, cosa que podia provocar una guerra, ó de retirarse renunciando á la realizacion de sus lisonjeras esperanzas. Su talento le sugirió la manera de evitar un rompimiento, sin necesidad de desistir de su empeño. Manifestó, con palabras expresivas y corteses, su profunda gratitud hácia las señaladas muestras de aprecio que acababa de recibir del magnánimo emperador azteca, y lo mucho que celebraria el poderle obsequiar renunciando á la entrevista solicitada; pero agregó que, despues de la penosa y larga navegacion hecha con aquel solo objeto, por órden de su augusto so-

berano, temia atraerse el justo enojo de éste, si volvía sin desempeñar lealmente sus instrucciones, solo por no haber tenido valor para sufrir las penalidades del camino desde el sitio en que se hallaba hasta la corte del monarca mejicano. Cortés suplicó al enviado de Moctezuma que pesase, como leal vasallo, las razones expuestas, y que hiciese ver á su soberano, los justos motivos que tenia para insistir en que se le concediese la entrevista anhelada por el emperador Cárlos V.

El embajador azteca, lo mismo que el gobernador Teuhtlile, no encontraron razones que oponer á las emitidas por Cortés, y el enviado ofreció volver á hacer presente á Moctezuma las advertencias hechas por el general español.

Cortés le dió las gracias por la buena voluntad que en complacerle manifestaba, y despues de regalarle, lo mismo que á Teuhtlile, dos camisas de Holanda y varias cuentas azules, que estimaron en mucho, le entregó para Moctezuma, como en señal de su respeto y consideracion, un presente que consistia en una hermosa copa de cristal de Florencia, preciosamente dorada y esmaltada, tres camisas de fina Holanda y varias sartas de cuentas azules y verdes, objetos que, por su poco valor, contrastaban con la magnificencia del regalo recibido.

El embajador mejicano y Teuhtlile se despidieron de Cortés, repitiendo su oferta de hablar al emperador para que le concediese la entrevista que solicitaba, y se alejaron del campamento, llevados en lujosas andas, en hombros de sus respetuosos vasallos.

Cortés, sus capitanes y sus soldados quedaron sorprendidos.

didados de la magnificencia del regalo hecho por Moctezuma. Aun tenían ante los ojos los notables y deslumbrantes objetos de oro, colocados simétricamente sobre las finas esteras y delicadas mantas. La vista del espléndido tesoro que contemplaban, despertó en cada individuo ideas y afectos diferentes, según el carácter de las personas. Los ambiciosos y atrevidos, estimulados por el afán de riquezas, anhelaban que se emprendiese inmediatamente la marcha hácia el interior del país que, á juzgar por el obsequio recibido, debía encerrar inagotables tesoros de oro y plata. Los mas reflexivos miraban en la perfeccion con que estaban trabajadas las diversas piezas presentadas, los adelantos de una gran nacion poderosa y fuerte, á quien para atacarla era preciso contar con recursos y gente que no contaba la expedicion. Para los primeros, las fuerzas que existian bastaban para llevar á cabo la empresa. Para los segundos, era una temeridad intentar la mas leve hostilidad, y opinaban que lo prudente seria regresar á la isla de Cuba, poner en conocimiento de Velazquez la importancia de las tierras descubiertas, y volver á Méjico despues de hacer los preparativos correspondientes á la vasta empresa que debía acometerse. Los soldados, formando diversos corrillos, discutian sobre la conveniencia ó inconveniencia de permanecer en el país, criticando los unos como absurdo lo que para los otros era asequible y fácil. Hernan Cortés, haciéndose el desentendido y dejando al tiempo la resolucion que mas conviniera, les dejaba discurrir libremente, sin emitir su opinion ni aun entre sus principales capitanes. Aunque para su espíritu audaz las dificultades, en vez de obrar como obstáculos, obraban

como incentivos poderosos, no por eso queria renunciar á la prudencia y la política, sin las cuales creia que el valor mas era perjudicial que conveniente. Dotado de un pensamiento recto, y resuelto á no obrar sino de acuerdo con la razon dictada por un detenido exámen, esperaba llegar al logro de sus deseos, sin precipitacion y dignamente. Cortés tenia concebido su plan, y esperaba, sin manifestarse inquieto ni confiado, la respuesta de Moctezuma.

El cambio de piezas de oro por cuentas de vidrio y cascabeles, seguia entre tanto siendo el comercio de los soldados y los nativos del país. Poco era el valor del precioso metal que circulaba en aquellos cambios, pero bastaba para que los pobres soldados se encontrasen contentos en medio de las terribles privaciones, enfermedades y abrasador clima que sufrían. Sin embargo del escaso precio de las alhajas que adquirían, no faltaron algunos oficiales adictos á Velazquez que juzgasen que aquello era defraudar al rey y al gobernador de Cuba de la parte que les tocaba. Cortés, por el contrario, comprendiendo el corto valor de lo que conseguían y las terribles penalidades y trabajos que pasaban, se hacia el desentendido de aquella venial infraccion que en nada perjudicaba los intereses de la corona. Envidiosos, mas que celosos del cumplimiento del deber de los demás, manifestaron al general que no permitiese que los soldados se aprovecharan completamente del oro que conseguían, y que les obligase á presentar el que tenían, para sacar el real quinto, poniendo una persona que desempeñase el cargo de tesorero. Hernan Cortés elogió el celo que manifestaban por el buen servicio del rey; pero al mismo tiempo les dijo con sem-